

¿Adónde vais, doña Inés?

A la pequeña y cándida Inés la conocían todos como 'la niña de Monastrell' porque, al igual que su uva, fue joven de talante dulce y tardío madurar. Nunca llegó a ser muy alta, ni muy delgada: su cuerpo compacto, curtido por el sol mediterráneo, presentaba un talle robusto, y su tersa piel era abrigada por una fina pelusa de vello suave y abundante que le confería un aspecto todavía más bronceado. Era moza de buen ver, y ella lo sabía.

A nadie le extrañó lo más mínimo que se quedase completamente prendada de Juan, que la embelesó sin remedio con sus rudos ademanes de matón de gimnasio y su extensa sapiencia en criptomonedas; atributos ambos pertinentemente plasmados en Tinder, porque los tiempos serían muy modernos, pero su amor pareciera legendario. Fue cantarle dos serenatas de *trap* al oído mientras alardeaba de dorsales y dejarla absolutamente subyugada. Pero Inés, enemiga acérrima de las dietas restrictivas y apasionada devota del calor levantino, se negó a mudarse a la capital, donde residía el amado, y finalmente su intenso romance se limitó a un par de viajes, caros cócteles de autor, y un aborto de todo menos espontáneo que le dio fama de buscona e inmoral. Poco le importó, no obstante, los dimes y diretes de lenguas envidiosas e importunas, porque su amor sería de leyenda, pero los tiempos, por fortuna, eran muy modernos.

Elsa del Campo Ramírez